

EL LLAMADO A LA EVANGELIZACIÓN EN NUESTRO TIEMPO

Conferencia dictada en un retiro en Santo Domingo (Ecuador), en agosto de 2017

INTRODUCCIÓN.....	2
EL APOSTOLADO INTERIOR.....	12
LA EVANGELIZACIÓN DE LAS PROFUNDIDADES.....	19
DIFICULTADES EN LA EVANGELIZACIÓN.....	25

INTRODUCCIÓN

El llamado a la evangelización de los pueblos es un llamado constante, que no culminará más que al final de los tiempos, cuando Jesús vuelva en su gloria sobre las nubes del cielo, como lo afirma la Sagrada Escritura y lo enseña la Iglesia (cf. Mt 28,19-20). Es un llamado que el mismo Señor hizo a sus apóstoles, y que ellos, a su vez, transmitieron a la Iglesia de todos los tiempos. El fiel cumplimiento de esta tarea es parte elemental de la identidad de la Iglesia, y el descuido de la misión la debilita en lo más profundo de su ser. El mensaje del evangelio ha de llegar hasta los confines de la Tierra, para que todos los hombres conozcan la salvación que Cristo les ofrece, “porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4,12).

Este llamado a evangelizar puede ser acogido solamente si se tiene la firme convicción de que cada persona tiene el derecho de conocer el mensaje del evangelio.

Podríamos definir a la evangelización en estos bellos y significativos términos: es la participación del anhelo que Dios tiene por los hombres. Cada persona ha de conocer este amor paternal a través del testimonio de la Iglesia. Nosotros, los cristianos, estamos llamados a dar a entender al mundo, a través de la palabra y del testimonio, cuán grande es el deseo de Dios de compartir su amor con los hombres, a fin de que durante su vida terrena puedan vivir confiados en Él y en la eternidad estén para siempre en su presencia. Así podrán cumplir su misión como hijos de Dios, dándole a Él, ya en esta vida, toda la gloria que le corresponde, y respondiendo a su amor.

La ayuda del Espíritu Santo

Ahora bien, aquellos que han acogido el llamado a evangelizar no están solos; ¡cuentan con la ayuda más grande que uno pudiera imaginar! ¡Han recibido al Espíritu Santo, la tercera persona de la Santísima Trinidad!

Recordemos que Jesús pidió a los apóstoles que, antes de emprender la gran misión que les había encomendado, esperaran la venida del Espíritu Santo (cf. Hch 1,4-8). Una vez que el Espíritu Santo había descendido sobre ellos,

fueron capaces de proclamar el evangelio con autoridad. De hecho, es Él quien nos recuerda todo cuanto Jesús dijo e hizo (cf. Jn 14,26). ¡El Espíritu Santo es la constante actualización de cada palabra del Señor en nosotros! ¡Él hace presente al Señor en nuestra vida! Él nos empuja y nos da alas para proclamar el evangelio, y es Él quien inspira las más diversas maneras de transmitir la Palabra. El Espíritu Santo es la luz de la Iglesia; es Él quien la guía, la ilumina y la fortalece para que pueda vivir conforme a la fe y transmitirla fielmente.

Tampoco podemos olvidar que es el Espíritu Santo quien nos conduce hacia la santidad, ¡y nuestra santificación es fundamental para la evangelización! Más adelante meditaremos con más detenimiento acerca de este punto.

Entonces, al plantearnos la pregunta de cómo poder llevar el mensaje del evangelio con eficacia al mundo de hoy, debemos tomar en cuenta estas realidades fundamentales:

1. El llamado a la evangelización perdura para siempre. El mensaje del evangelio no ha llegado todavía a cada persona, y allí donde ya ha sido anunciado quizá no ha echado todavía raíces profundas. Por eso, el llamado general a la evangelización incluye también la “nueva evangelización”, que con insistencia pidió el Papa San Juan Pablo II, particularmente para el continente europeo. El llamado a la evangelización es hoy tan actual y tan apremiante como lo fue en el tiempo de los apóstoles, y lo será hasta el final de los tiempos.
2. ¡El llamado a la evangelización es un encargo del Señor y no una opción personal! El que ha recibido este llamado debe estar profundamente convencido de la importancia del mensaje evangélico, y no puede caer en la trampa del relativismo, que no hace distinción entre el contenido del evangelio y las enseñanzas de las otras religiones. Aquel que ha recibido este llamado, debe estar consciente de que cada persona tiene el derecho de escuchar la Buena Nueva de la salvación, ¡y este anuncio urge!
3. Es el Espíritu Santo quien ilumina y fortalece para anunciar y testificar el evangelio de forma adecuada. Él, el amor entre el Padre y el Hijo, es también el fuego que arde en nuestro interior, evitando que

se apague en nosotros aquella sed de amor que el Padre siente hacia sus hijos. El misionero debe estar bajo la guía del Espíritu Santo y, por supuesto, bajo la guía de la Iglesia, a quien ha de servir con fidelidad.

El llamado a la conversión

El llamado a la evangelización inicia con la invitación a la conversión, como podemos constatar en la Sagrada Escritura. Juan el Bautista exhorta a la conversión (cf. Mt 3,1-2) y Jesús mismo inicia su predicación con el llamado a arrepentirse, “porque el Reino de Dios está cerca” (Mt 4,17). Lo mismo hacen los apóstoles (cf. Hch 2,38) y sus sucesores a lo largo de la historia de la Iglesia, instando a las personas a un cambio de vida y a que se vuelvan enteramente a Dios. Este llamado a la conversión es, pues, fundamental y nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida, porque la conversión a Dios incluye diversas etapas, de las cuales ya hemos hablado en otras ocasiones. Sólo como breve recordatorio: en la teología mística se habla de la vía purgativa, de la vía iluminativa y de la vía unitiva.

Por tanto, el llamado a la conversión puede tener diferentes apariencias. Primero, tenemos el clásico llamado a la conversión, que significa dejar atrás la vida de pecado para dirigirse a Dios. Se trata de una invitación a volver a la casa del Padre, sitio que para algunos será todavía totalmente desconocido y para otros, que han recaído en el pecado, resultará lejano.

Diferentes circunstancias en la evangelización

Ya aquí es preciso hacer una primera diferenciación: ¿Aquellas personas a las que tratamos de evangelizar ya han escuchado algo acerca de Dios? ¿Han escuchado lo suficiente sobre Él? ¿Están familiarizados con el mensaje del evangelio por su entorno familiar, por su escuela o por su comunidad? ¿Han sido bien catequizadas? ¿Qué tan profundo penetró en ellas el anuncio que recibieron?

Dependiendo de estas circunstancias, se debe escoger el enfoque de la evangelización. En caso de que se trate de alguien que carece de cualquier conocimiento de la fe, o que lo tenga solamente en mínimo grado, habrá que empezar por despertar el interés en la fe. Aquí hay que tener muy presente que la fe es un don de Dios, que Él en su misericordia ofrece a los hombres. Por más importante que es el estar conscientes de la gravedad del pecado y de sus desastrosas consecuencias, y el atreverse a señalar las cosas por su nombre, no podemos jamás olvidar que Jesús vino a llamar a los pecadores; a salvar y no a juzgar (cf. Jn 12,47).

Aunque con justa razón nos indignemos por el pecado, hemos de tener sumo cuidado en separar al pecador del pecado como tal. ¡El pecador es aquel a quien tratamos de conquistar para el camino del Señor! Recordemos con humildad nuestros propios pecados y veamos con cuánta paciencia Dios nos atrajo hacia Sí. Estas consideraciones nos ayudarán a encontrar el camino indicado. El Reino de Dios debe ser atrayente para las personas, y no debe aparecer ante ellas como una carga adicional que abrumará sus vidas. ¡Por ello es importantísimo transmitir la verdadera imagen de Dios! Esta es la razón por la cual es esencial que, al evangelizar, no solamente tengamos los necesarios conocimientos acerca de nuestra fe; sino que además, y más importante aún, que estemos penetrados por el amor que Dios tiene a los hombres. Las personas han de sentir que Aquel que trata de conquistarlos es un Dios amoroso, que se dirige a ellos en estas palabras: “Vengan a mí los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré” (Mt 11,28).

Al reflexionar acerca de este punto, nos damos cuenta de que también se trata de una “auto-evangelización”. El misionero que, de cualquier forma, traiga la Buena Nueva, debería estar penetrado por el amor divino, de manera que transmita el evangelio en el Espíritu del Señor, y no con demasiados rasgos de su naturaleza caída.

La situación de evangelización cambia cuando el interlocutor (aquel a quien tratamos de evangelizar) posee conocimientos acerca de la fe. En este caso, conviene primero escuchar y, en un ambiente de confianza, tratar de identificar el estado en que se encuentra la otra persona, tanto en su conocimiento de la fe como en la práctica de la misma. Entonces se abre la posibilidad de renovar este conocimiento, de profundizar en él y de indicar las consecuencias concretas que esta fe trae a su vida. Para ello se requiere prudencia. Lo ideal sería que la misma persona llegara a las conclusiones

acerca de lo que debe cambiar en su vida. Se puede ser paciente en esta espera, especialmente si se pueden prever futuros encuentros con la persona en cuestión. Entonces, en un caso como el mencionado, no hace falta tocar en el primer instante todos los aspectos de la fe y del seguimiento de Cristo. Debemos tratar de medir la capacidad de recepción de la persona. En caso de que no llegue por sí misma a las conclusiones necesarias, se le puede ir indicando prudentemente cuál sería el próximo paso a dar.

Lo que no conviene en la evangelización

El trato con las personas a quienes queremos evangelizar nos hace notar que no podemos simplemente desatar un río de palabras sin fijarnos en la reacción de nuestro interlocutor. Tampoco debemos estar presos en una coerción por “tener que convertir a todo el mundo”, como si la salvación del otro dependiese únicamente del encuentro con nuestra propia persona. El celo no debe hacerse imprudente. Aunque no se repita el encuentro con una determinada persona y aunque quisiéramos transmitirle todas las cosas importantes de la fe, no debemos actuar con falta de libertad interior; más bien, hemos de estar atentos al Espíritu Santo, quien es el evangelizador por excelencia. En otra charla trataremos el tema de qué tanto pueden obstaculizar la evangelización nuestros problemas inconscientes. Hay que recordar también que el evangelio se dirige a la otra persona en su libertad, y no podemos coaccionarla ni presionarla. ¡El evangelio ha de resplandecer ante la humanidad por su belleza interior y su autenticidad! ¡Ojalá nuestras imperfecciones no opaquen demasiado esta luz!

Recordemos: la evangelización significa, en primera instancia, el llamado a la conversión, que se dirige a cada persona y que no cambia de acuerdo a la época. Este llamado procede del corazón del Padre, y es una invitación y exhortación a dirigir nuestra vida del todo a Él. Para poder cumplir el encargo de la evangelización, los cristianos debemos conocer y practicar nuestra fe. En este sentido, es importante profundizar en el amor de nuestro Padre Celestial, y así continuar en una creciente “auto-evangelización”. De esta manera proclamaremos la fe en el Espíritu del Señor más que en la fuerza de nuestra propia naturaleza. Esto nos hará capaces de manejar con sabiduría y prudencia cada situación de evangelización, sin dejarnos forzar

por nuestras coerciones internas. ¡Lo esencial será escuchar al Espíritu Santo y actuar movidos por Él!

Acompañamiento hacia una conversión duradera

Como ya lo mencionamos, existen muchas personas que, a partir de una fuerte experiencia, han tenido en su vida una clásica “primera conversión” Esto pudo darse de diversos modos. Quizá sucedió a partir de una Palabra del Señor, que tocó su corazón a tal punto que lo empujó a un cambio de vida. O quizá sucedió en el marco de un retiro espiritual, o en una visita a un Lugar santo, o a través del encuentro con un cristiano de verdad, o en cualquier otra circunstancia. En algunos casos, la conversión se va dando como un proceso progresivo: personas que han crecido en un ambiente cristiano, familiarizados desde la infancia con las verdades de la fe, en un momento determinado son tocadas más profundamente por el Señor. Entonces, dándose cuenta de que la vida de fe que llevaban hasta ese momento no es suficiente para las exigencias de Cristo, se deciden a seguirlo por completo, sin anteponer nada a Él.

Normalmente podemos darnos cuenta si una persona ha experimentado ya esta primera conversión en su vida. Se lo puede identificar en estas señales: ha dejado atrás la vida de pecado y la indiferencia religiosa; se ha decidido a servir verdaderamente al Señor y a guardar sus mandamientos, a cumplir su voluntad sin condiciones; y ha emprendido así el camino hacia la santificación.

Pero muchas veces sucede que los conversos no saben cuáles son los próximos pasos a dar en el camino con Dios. Estando todavía en el fervor del primer amor están dispuestos a todo: quieren evangelizar, ofrecer su vida al Señor, hacer grandes sacrificios, etc. Sin embargo, sería muy conveniente que hubiese cristianos que pudieran apoyarles en el descubrimiento cada vez más profundo de este camino que han descubierto. Esta ayuda puede implicar también la corrección, aunque ésta no debe apagar el fuego que arde en sus corazones. Además, se les debe ir insertando en la vida de la Iglesia para que reciban de forma adecuada las gracias de los sacramentos.

Esta tarea no compete únicamente a los sacerdotes y religiosos, aunque sin

duda ellos deberían ser los primeros capaces de acompañar con prudencia a los recién convertidos. Pero debe haber también hombres y mujeres que, estando ellos mismos con seriedad en el camino del Señor, habiendo recibido un carisma especial del Señor para esta tarea y teniendo un poco de experiencia; puedan ofrecer la ayuda correspondiente para la profundización en la vida espiritual. De esta manera, las personas que han experimentado una primera conversión contarían con el apoyo necesario para estabilizarse en el camino de Dios y para producir abundante fruto. Se trata de un importante servicio a la continuación y profundización de la evangelización, puesto que después de la conversión suele plantearse la cuestión de la vocación, especialmente si se trata de personas jóvenes. Sería una gran ayuda, tanto para el recién convertido como para la Iglesia entera, que hubiese alguien que acompañara este discernimiento sin mezclarlo con intereses propios o comunitarios.

La evangelización de las personas pertenecientes a otras religiones

Ahora bien, ¿cómo debería ser la evangelización de aquellas personas que pertenecen a otras religiones, corrientes filosóficas o que incluso estén involucrados en agrupaciones de carácter oculto?

Sin duda, en estos casos el precepto del amor tiene la misma validez. Los textos del Concilio Vaticano II nos invitan a reconocer y a apreciar los elementos positivos de las otras religiones. Esto cuenta de forma particular para aquellas personas que se esfuerzan sinceramente por servir a Dios en su respectiva religión. En este sentido, podríamos apoyar los auténticos valores contenidos en otras religiones. Podemos, por ejemplo, apreciar el respeto y la reverencia ante Dios, el servicio al prójimo o su formación ascética, entre otros. Si vemos a una persona perteneciente a otra religión que cumple sus deberes religiosos con mucho fervor, deberíamos cuestionarnos si nosotros servimos a nuestro Señor con esa misma entrega.

Sin embargo, esta actitud positiva frente a los auténticos valores contenidos en las otras religiones, no nos puede llevar a privarles del mensaje del

evangelio. ¡Al contrario! Precisamente ellos, que se esfuerzan sinceramente por servir a Dios, deben conocer el amor de nuestro Padre, para que su búsqueda a tientas encuentre aquella plenitud que sólo el Hijo de Dios puede dar. El encuentro con Jesús no puede ser relativizado ni reemplazado. En el diálogo con la mujer samaritana, Jesús le dice: “Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos” (Jn 4,22). ¡Estas palabras no han caducado! “La salvación viene de los judíos”... ¡Esto significa que la salvación viene a la humanidad a través del Señor Jesús! ¡Jamás podemos perder de vista esta verdad fundamental! Ésta debe inspirar la oración, el pensamiento y la acción de todo misionero. Por supuesto que hay que tomar en cuenta lo que habíamos dicho anteriormente, que no podemos presionar a las personas con el mensaje del evangelio, sino presentárselo como un ofrecimiento del amor y de la verdad.

Algo similar sucede con las personas que buscan su camino espiritual en corrientes filosóficas o agrupaciones religiosas. También en ellas debemos tratar de descubrir aquello que es coherente con el evangelio o que tiende a él, y estos puntos en común pueden ser usados como enganche. En un discernimiento de espíritus, podremos descubrir cuál es el enfoque apropiado para cada situación de evangelización, y en la fuerza del Señor podremos decir la palabra indicada en el momento preciso.

Pero no podemos ignorar que tanto en las otras religiones como en las corrientes filosóficas o religiosas (especialmente si tienen un toque oculto) existe un gran potencial de error en cuanto al verdadero conocimiento de Dios. Por eso nuestros esfuerzos misioneros deberían ir siempre acompañados con oraciones de exorcismo, en las que pidamos el debilitamiento de los malos espíritus, pues el Padre de la mentira trata de evitar a toda costa que las personas conozcan a Cristo. Existen oraciones exorcistas que todo fiel puede rezar sin permiso especial del obispo (por ejemplo la de San Miguel Arcángel).

Otros aspectos acerca del servicio de la evangelización

Finalmente, será una gran ayuda para nuestra labor evangelizadora, hacerlo todo en íntima unión con la Virgen María. En las bodas de Caná Ella dijo a

los sirvientes: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5). Puesto que en la cruz Ella nos fue dada como madre (cf. Jn 19,27), es el gran deseo de su corazón que cada persona siga a su Hijo. Volveremos a hablar sobre la Virgen María en otro tema.

Ciertamente esta introducción no ha abarcado todas las dimensiones en que puede darse la evangelización. Solamente quisimos dar una perspectiva general del tema con algunas indicaciones concretas. En esta conferencia, hemos partido del hecho de que aquellas personas a quienes tratamos de anunciar el evangelio tienen la disponibilidad de escuchar. Pero, ¿qué sucede cuando no tienen interés en la fe? Más adelante trataremos también acerca de qué se puede hacer cuando nos encontramos con corazones cerrados o con otros obstáculos.

Breve síntesis

Llevar el evangelio a todas las personas es una santa obligación, que cada uno ha de cumplir a su manera, dependiendo de su vocación particular y de los dones que haya recibido de Dios. El Espíritu Santo será nuestra luz y nuestra guía en este camino. ¡Todo será una maravillosa colaboración con Él! No deberíamos ignorar sus advertencias ni sus indicaciones, ni tampoco hemos de reprimir sus impulsos a cambio de nuestros propios deseos.

EL APOSTOLADO INTERIOR

Si bien deberíamos estar siempre atentos a la ocasión que se presente para transmitir la fe, hemos de estar también conscientes de que la palabra no es el único medio de dar testimonio y de evangelizar. No cada persona ha recibido el don de la eficacia en la palabra en el mismo grado; ni tampoco todos tienen la capacidad de dirigirse a las personas para anunciarles directamente el evangelio. Pero, eso sí, todo cristiano debe estar dispuesto a dar razones de su fe cuando sea preguntado (cf. 1Pe 3,15).

Introducción al apostolado interior

El apostolado exterior depende en gran medida del así llamado “apostolado interior”. La fecundidad de la evangelización está íntimamente relacionada con este apostolado interior. Las comunidades de vida apostólica cuentan con la oración de las comunidades de vida contemplativa, que soportan espiritualmente su labor activa. Cada misionero se muestra agradecido por las personas que acompañan su apostolado con sus oraciones. Pensemos, por ejemplo, en el Papa Francisco, quien, en sus primeras palabras apenas elegido como Sumo Pontífice, pidió a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro que oraran por él. Este gesto lo ha repetido en frecuentes ocasiones.

Muy cerca de donde se encuentra la comunidad Agnus Dei en Santo Domingo, se encuentra un monasterio de carmelitas descalzas. Ellas son contemplativas y dedican su vida por la misión de la Iglesia y por aquellos que “combaten afuera”. Desde hace siglos, las carmelitas han estado ofreciendo sus oraciones y sacrificios con gran fervor para que el evangelio sea llevado hasta los confines de la tierra y todas las personas conozcan a Cristo.

En nuestra comunidad Agnus Dei, la contemplación es la fuerza y el fundamento de cualquier obra apostólica. En Tierra de la Paz (la fundación de la comunidad en Santo Domingo) llevamos ya algunos años con la Adoración Perpetua, y en nuestra casa madre (el monasterio Frauenberg, en Alemania) se instituyó la Adoración Perpetua hace ya 32 años, sin interrupción alguna. En Jerusalén, nuestra hermana Corinna lleva años rezando diariamente en los Lugares Santos por toda la comunidad, por las intenciones de la Iglesia y por el mundo entero. Cuando las personas se muestran sorprendidas de que, a pesar de ser muy pocos miembros y de tener dos lugares de Adoración Perpetua, surjan en nuestra comunidad actividades apostólicas y caritativas, yo recalco que es precisamente la contemplación la que suscita y fecunda el apostolado desde dentro.

La evangelización como obra de la Iglesia entera

Lo mencionado nos señala una importante dimensión, que tiende a caer en el olvido. La fecundidad de la evangelización no depende únicamente de la proclamación exterior y abierta de la fe; no depende exclusivamente del don de un elocuente predicador... Si una persona es tocada por la gracia de Dios y empieza a responder a su amor, abandonando el camino del pecado y abrazando la vida en Cristo, esto se debe a una colaboración entre diversas realidades espirituales. Lo mismo sucede cuando una persona se decide a seguir al Señor en una vocación religiosa.

Siempre y en todas partes es el Espíritu Santo quien está actuando, integrándolo todo en el adecuado orden espiritual. De este modo, bajo su dirección, cada miembro del Cuerpo de Cristo colabora en la gran obra de la

salvación humana, conduciendo a los hombres de regreso al Reino del Padre (cf. 1Cor 12,4-12).

Podemos, entonces, darnos cuenta de que, al trabajar en la evangelización, estamos insertados en una gran red, y es el Espíritu quien ha de mostrarnos cuál es nuestro aporte personal para esta obra magna de salvación. No debemos creer que todo depende exclusivamente de nosotros, para no caer en una especie de “estrés misionero”. Sin embargo, es importante que asumamos la responsabilidad que Dios nos ha confiado de forma personal, y que la cumplamos con gran fervor y entrega.

La unión con Jesús permite que todo fructifique para la evangelización

Estas reflexiones nos ayudan a descubrir el valor del apostolado interior, un apostolado que siempre podemos llevar a cabo, fecundando y fortaleciendo así la evangelización en su más profundo núcleo.

El apostolado interior, que podríamos denominar también ‘apostolado escondido’ o ‘apostolado silencioso’, hunde sus raíces en el hecho de que Jesús no nos redimió solamente a través de su predicación; sino también a través de su oración, de su Pasión, y, a fin de cuentas, de su entera vida... Él fue un apóstol en cada momento, el enviado del Padre. Nuestro apostolado consiste en participar de lo que Jesús hizo por la humanidad.

Esta realidad amplía nuestro horizonte. Jesús, el apóstol por excelencia, el enviado del Padre Eterno, nos redime a través de todo lo que hizo estando en la Tierra. Todo lo hacía para glorificar a su Padre y para salvar a la humanidad. Cada palabra, cada gesto, todo su ser trabajaba en la obra de Redención.

Si profundizamos esta perspectiva, notaremos que lo más importante es vivir en unión con nuestro Señor, entrando en aquella íntima amistad con Dios que Él mismo nos ofrece. Sabemos que nuestra meta espiritual es la unificación de nuestra voluntad con la voluntad divina. Si esto sucede, se llega a la máxima cercanía que se puede tener con Dios en esta vida, que solamente podrá ser superada por la visión beatífica que se tiene en el cielo.

En el camino hacia aquella meta, todo cuanto hagamos en la intención de servir a Dios y a los hombres es fructífero. Cada oración (y particularmente la que puedo ofrecer en este preciso momento), cada negación de sí mismo, cada sufrimiento (en particular éste que padezco ahora), los esfuerzos de la vida cotidiana, el ejercicio de nuestra profesión... Toda nuestra vida puede fructificar en la unión con la voluntad del Padre.

Podemos asimilar esta amplia dimensión del apostolado cuando notamos que toda la obra de la salvación es una obra del amor divino, y de que se trata precisamente de la expansión de este amor. Pongamos un ejemplo: si amo a una persona y salgo en su busca, a pesar de las circunstancias adversas, entonces todas las tribulaciones que soportaré están al servicio del amor, y serán una expresión del amor que tengo a aquella persona. El amado que llega a comprender todo lo que se hizo por encontrarlo, estará tanto más conmovido por el amor de aquella persona cuanto más grandes hayan sido los sacrificios que ella sobrellevó por causa del amor a él.

Ahora bien, apliquemos este ejemplo a Nuestro Señor. ¡Cuán grande debe ser su amor por nosotros, los hombres, para que haya venido al mundo y nos haya salvado! Si nos detenemos un momento a reflexionarlo, podremos hacernos una idea de lo que significó para el Señor nuestra salvación. Pero, ¿qué fue lo que movió e impulsó al Señor a venir al mundo? ¡El amor al Padre, quien lo envió; y el amor a nosotros, los hombres!

Entonces, si nuestro corazón se deja inflamar por este amor divino, si todas nuestras aspiraciones se centran en el cumplimiento de su voluntad, siguiéndolo día tras día, entonces estaremos incluidos en un envío, que no solo incluye las actividades externas y visibles de evangelización; sino que además está constituido por todo lo que hagamos unidos al Señor.

Así, cada día se convierte en un servicio a la evangelización de la humanidad, pues para eso vino Jesús al mundo; para eso lo envió el Padre; para eso descendió el Espíritu Santo; para eso fue fundada la Iglesia como comunidad de fieles. Si todo lo que nos sucede lo aceptamos con amor de la mano de Dios; si aprovechamos cada momento, tanto el bello como el doloroso; tanto la alegría como el sufrimiento; tanto la amistad como el rechazo; entonces la vida interior de Jesús se modelará cada vez más en nosotros. Y lo repito nuevamente: puesto que esta su vida estuvo de inicio a

fin al servicio de la Redención de la humanidad, también nuestra vida servirá a la evangelización en la medida en que estemos unidos con el Señor.

¡Ésta es una verdad que nos trae consuelo, particularmente en el tiempo en que estamos, en el que parece imposible tocar a las personas, por los incontables placeres y distracciones que el mundo les ofrece!

El serio seguimiento de Cristo día a día, al cual todos estamos llamados, servirá de diversos modos a la expansión del Reino de Dios. Si es una auténtica imitación de Cristo, no se contentará con la satisfacción de las propias necesidades religiosas; sino que compartirá la sed de amor que Dios tiene por la humanidad.

La santificación y la contemplación como pilares de la evangelización

El camino de santificación, que significarse unirse cada vez más al Señor, es entonces en sí mismo un apostolado interior; además de ser un requisito indispensable para una evangelización fecunda.

Hemos visto ya que existen diferentes posibilidades de hacer apostolado, de las cuales la oración no es de ninguna manera la menos significativa. La oración no sólo es necesaria para la propia santificación y para cultivar y profundizar la relación con Dios, que tiene en sí misma un profundo carácter apostólico; sino que además es intercesión ante Dios por todos los hombres. Podemos experimentar diariamente la fuerza de la oración en la Santa Misa, en la cual se ofrece el Santo Sacrificio, actualizando la Muerte y la Resurrección de Cristo.

El Papa Pío XI dirigió estas palabras a los religiosos dedicados a la vida contemplativa: *“Los que ejercen en la Iglesia el oficio de la oración y de la continua penitencia, contribuyen al incremento de la Iglesia y a la salvación de las almas mucho más que los que cultivan el campo del Señor con su actividad; pues, en efecto, si aquellos no impetrasen del cielo la abundancia de las gracias divinas para regar el campo, los obreros evangélicos cosecharían ciertamente más escaso fruto de su trabajo.”*

Entonces, aunque vivamos en la clausura de un convento, podemos colaborar en la evangelización a través de nuestra oración, de nuestra conversión interior, de nuestra creciente unión con Cristo, de manera que, por así decir “arranquemos las gracias del cielo”, y que éstas fecunden el apostolado.

Santa Teresita del Niño Jesús, con su gran alma apostólica, nos plantea esta realidad con su típica sencillez: *“Mi vocación no es ir a segar en los campos maduros. Vos, Señor, no me decís: ‘Tiende tus ojos, mira los campos y vete a segar’; mi misión es más sublime aún. He aquí vuestras palabras: ‘Alza tus ojos y mira cómo en el cielo hay lugares vacíos; a ti te toca llenarlos..., tú eres mi Moisés suplicante en la montaña. Pídeme obreros y yo los enviaré; no espero más que una plegaria, un suspiro de tu corazón’.”*

Y San Juan de la Cruz recalca: *“Adviertan, pues, los que son muy activos, que piensan ceñir el mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradecerían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en la oración.”*

La evangelización por medio de nuestro ser cristiano

Vemos, pues, cuán importante es la oración para la evangelización, en todo sentido. Si alguien, sea por la razón que fuere, no puede transmitir la Palabra de Dios directamente, sepa que la sola oración, acompañada por el gran anhelo de que los hombres se abran al amor de Dios, alcanzará grandes gracias. Por ejemplo, si la familia de Jemael en Quito se esfuerza por pasar muchas horas delante del Santísimo Sacramento, rezando por la evangelización, podemos estar seguros de que habrá muchos frutos.

Existe también otro camino más para servir a la evangelización, por el que toda persona podría optar, tanto aquella que está impedida de evangelizar directamente, como la que está activa en labores apostólicas. ¡Este camino es la evangelización a través de todo nuestro ser!

Si luchamos por las virtudes y se desarrollan en nosotros los dones del Espíritu Santo, entonces estas gracias se derramarán también sobre los que

nos rodean. Si las personas notan que estamos llenos del amor divino, que hemos refrenado nuestras pasiones, que no hablamos mal de los demás y que han crecido en nosotros aquellos frutos del Espíritu que hacen relucir nuestra vida de forma tan atrayente, entonces podrá ser que ellas se cuestionen acerca de lo que hay de especial en nosotros. De este modo, podría abrirse una oportunidad para dar testimonio.

Además, tenemos las concretas obras de misericordia, que son testimonio silencioso de la caridad cristiana puesta en práctica, y así son un aporte a la evangelización, pues viendo nuestras buenas obras los hombres han de glorificar al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5,16). Lo ideal sería que, al hacer buenas obras, pudiéramos dar a entender que nuestra razón es Cristo mismo, pues de lo contrario las personas nos mirarán solamente a nosotros y nos alabarán como personas. Pero en este caso se perdería la finalidad principal de las obras de misericordia, pues se seguirá ignorando quién es la verdadera fuente de toda bondad.

Llegando al final de este tema, vale recalcar que la dimensión del apostolado es muy amplia. Si la familia de Jemael quiere dedicarse con fuerza a la evangelización, debería integrar todos sus aspectos de forma adecuada. Entonces habrá buenos fundamentos para que el anuncio del evangelio produzca su fruto.

LA EVANGELIZACIÓN DE LAS PROFUNDIDADES

La “prehistoria” de la ‘evangelización de las profundidades’

Antes de entrar en el tema propiamente dicho, conviene contar brevemente el origen del concepto ‘evangelización de las profundidades’.

En el año 1988, nuestra comunidad asistió a un encuentro intercomunitario en Bélgica. El motivo de dicho encuentro era lograr una mayor unidad entre las diversas comunidades religiosas y movimientos, para poder colaborar con más eficacia en la tarea conjunta de la evangelización.

En este contexto, encontrándonos en oración en la preciosa iglesia de San Nicolás, noté que muchos de los participantes no tenían una expresión serena y alegre, a pesar de que se trataba de cristianos que seguían seriamente al Señor. Esta observación también la hice respecto a los miembros de nuestra propia comunidad. Entonces, me cuestioné cuál podría ser la razón de ello, y pronuncié una oración pidiéndole al Señor una respuesta.

La respuesta solicitada me llegó algunos meses después, gracias a una luz especial que recibí a través de la dirección espiritual de algunos miembros de la comunidad, que me permitió descubrir cosas que se encontraban guardadas en su subconsciente y que pesaban sobre ellos. Así, a partir de 1989, hemos contado con esta gracia que llamamos ‘evangelización de las profundidades’, y que ha producido ya muchos frutos.

Antes de recibir esta gracia, nos habíamos consagrado a la Virgen María. En ese entonces, vivían muchos niños en nuestra comunidad y yo podía notar la estrecha relación que existía entre la madre y sus pequeños, particularmente en sus primeros años de vida. Pude ver claramente cómo los niños estaban marcados incluso en su subconsciente por el estado de su madre. Como conclusión de ello, decidí que deberíamos consagrarle a la Virgen también nuestro subconsciente, y efectivamente lo hicimos. Le pedimos a Ella que diera a luz a Cristo también en las profundidades de nuestra alma, y que intercediera para que el Espíritu Santo irradiara la plenitud de su luz en nuestras tinieblas. ¡Y así fue!

Hasta aquí la “prehistoria” de la evangelización de las profundidades. Verdaderamente yo considero que la evangelización de las profundidades fue un regalo de la Virgen.

¿De qué se trata la ‘evangelización de las profundidades’?

La evangelización de las profundidades, o podríamos llamarla también “evangelización del subconsciente”, no es el medio para vencer las normales dificultades y obstáculos que se presentan en el camino espiritual. Tampoco es explícitamente una herramienta para luchar contra las tentaciones que hemos de rechazar con la ayuda del Señor. Tampoco es una manera directa de vencer las fallas de nuestro carácter y formar nuestro temperamento en el Espíritu de Dios.

La evangelización de las profundidades abarca dos dimensiones.

En primer lugar, debemos tener en claro que nuestro subconsciente también posee una especie de voluntad propia, a la cual cedemos con mucha facilidad. En ese sentido, la primera dimensión de la evangelización de las profundidades nos ayudará a conocer mejor nuestro corazón (y, por tanto, conocernos mejor a nosotros mismos); así como a asumir responsabilidad por esta voluntad inconsciente que hay en nosotros. Aunque este aspecto sea de mucha importancia para la evangelización, en esta ocasión no nos detendremos a reflexionar sobre esta primera dimensión.

La segunda dimensión se enfoca en eventuales cargas procedentes de nuestra historia de vida, que ejercen su influencia sobre nosotros desde el subconsciente.

Un ejemplo

Para poder comprender mejor lo que trato de explicar, he construido un sencillo ejemplo. Una joven estudiante se propone hacer un sacrificio de amor por el tiempo de cuaresma: decide no comer golosinas durante esos 40 días. Para lograrlo, opta por cambiar la ruta que normalmente toma para llegar del colegio a su casa, de manera que no tenga que pasar por aquella panadería en la que suele comprar las golosinas. En los dos primeros días funciona la estrategia; sin embargo, al tercer día encuentra una excusa para

volver a tomar el camino acostumbrado; de manera que pasa nuevamente por la panadería y no puede resistir a comerse un dulce.

No queremos enfocarnos en la debilidad de la joven de haber cedido a sus deseos. Más bien queremos fijarnos en el hecho de que su voluntad inconsciente triunfó sobre su decisión consciente a partir del momento en que tomó nuevamente la ruta acostumbrada. Notemos, pues, que efectivamente existe una voluntad inconsciente, a la cual podemos ceder aún en contra de nuestros propósitos. Fue esta voluntad la que condujo sus pasos al sitio donde pudo adquirir las golosinas. ¡No es que las golosinas hayan llegado caminando donde ella!

Detengámonos en este sencillo ejemplo para hacernos conscientes de la profunda problemática que se encuentra detrás. Esta es la segunda dimensión que queremos tratar en esta ocasión.

Resulta que esta joven estudiante, que se había propuesto el sacrificio de cuaresma, sufría de una gran carencia de amor en su familia. Su padre y su madre habían pretendido sustituir el amor a cambio de comprarle golosinas. De este modo, en ella se había guardado la información de que existe una relación entre el amor de sus padres y las golosinas. Así, cuando ella compraba dulces en la panadería, estaba tratando de encontrar un consuelo y una compensación a la falta de amor que padecía en casa.

Podemos imaginar que en estas circunstancias le será mucho más difícil a una persona mantenerse firme en este tipo de renunciaciones voluntarias. En su inconsciente, no verá esta renuncia como un paso ascético hacia una mayor libertad, ni considerará el desapego y la negación de sí misma como un reto y como un sacrificio ofrecido de buena gana. Su decisión consciente estará influenciada y dificultada por la problemática de fondo, que probablemente ella ni siquiera conoce. La consecuencia es clara: su libertad estará más limitada y la lucha contra la gula será mucho más difícil de lo que sería normalmente.

Problemas frecuentes: no sentirse amados y complejos de inferioridad

Si bien el ejemplo que hemos mencionado anteriormente se refiere a un sencillo comportamiento, las repercusiones de las carencias de amor pueden llegar mucho más allá. Quizá en nuestra vida, incluso ya en la infancia, hemos tenido experiencias que no hemos superado todavía, y que siguen influyendo en nosotros sin que nos demos cuenta. Pudieron haber sucedido cosas terribles en nuestra vida, e incluso en la historia de naciones enteras, que se reflejan en formas de actuar inconscientes y que limitan nuestra libertad. En este caso, llevamos cargas sobre nosotros que deben ser profundamente tocadas por el Señor. A menudo son estas cargas las que enturbian nuestra actitud, sin que seamos conscientes de ello. Por mi experiencia en la dirección espiritual, sé de algunos casos que son bastante comunes.

Existen muchas personas que sienten que no son amadas o que tienen complejos de inferioridad. Se trata de un aspecto sumamente delicado, pues la mayoría de los problemas se relacionan con el amor. Efectivamente, Dios nos creó por amor, y lo único que Él quiere es que vivamos en este amor y respondamos a él.

Ahora bien, este amor, que debería ser para cada persona una experiencia existencial, suele recibirse en el hogar y a través de las personas más cercanas. Si aquí ha habido fuertes carencias o incluso abusos, estas experiencias negativas quedarán profundamente marcadas en el alma. En caso de que no se supere conscientemente estas vivencias, abriéndolas al amor sanador de Dios, pueden surgir en nosotros “sentimientos de vida” de creer que no somos amados, o que no valemos, entre otros. Estos “sentimientos de vida” residen en el subconsciente y pueden ser activados y confirmados a través de cada experiencia negativa que se tenga. Por ejemplo, si una mujer ha tenido malas experiencias con hombres en distintas ocasiones, podría llegar a rechazar al hombre como tal, sin hacer distinciones y transfiriendo sus malas experiencias a cada circunstancia y a cada persona del sexo opuesto. En estos casos, no es tan sencillo que el amor de Dios pueda penetrarla totalmente, e incluso le resultará difícil creer verdaderamente en este amor. ¡Las malas experiencias y las falsas conclusiones que de ellas hemos sacado se convierten en un obstáculo para el amor de Dios!

Sea que procedan de experiencias reales que se ha tenido o de una mala interpretación de las vivencias que parecen confirmarlos, el sentimiento de no ser amado o un profundo complejo de inferioridad se convierten en una especie de “engaño de vida”, que llega a crear una falsa identidad en la persona.

Pero puesto que nadie puede vivir como un “no-amado”, puesto que hemos sido creados por amor y para el amor, se empiezan a buscar sustitutos. Así, podemos volvernos dependientes del afecto de los demás; podemos encerrarnos en nosotros mismos para evitar ser heridos; podemos volvernos hipersensibles; podemos construir a nuestro alrededor una muralla de autoprotección...

Algo similar sucede con el que sufre de complejos de inferioridad. Nadie es capaz de vivir sin tener un valor, pues Dios ha otorgado al hombre una gran dignidad. Por eso, la persona que sufra de estos complejos construirá un cierto orgullo en sí mismo; se sentirá inferior a los demás, que parecen tener aquello que a él le falta; idealizará fácilmente a otros y a sí mismo...

Podríamos enumerar muchísimos ejemplos que reflejan cómo las personas están afectadas por profundos problemas que llevan en su subconsciente. También haría falta una charla completa acerca de la sanación interior, que no podremos abordar en esta ocasión.

Las cargas inconscientes como obstáculo para la evangelización

En el marco del tema general, que es el llamado a la evangelización en nuestro tiempo, queremos recalcar simplemente el hecho de que estas cargas inconscientes, sin duda, limitan la libertad que el evangelizador necesita para su ministerio. Además, enturbian su expresión como cristiano y dificultan el camino de seguimiento de Cristo. Sin embargo, la libertad interior que el Señor nos obtuvo es esencial para acoger sus instrucciones y obedecerlas. Mientras estemos todavía bajo el peso de aquellas cargas inconscientes de nuestra vida, estamos limitando nuestras posibilidades. Por eso, conviene

citar aquí estas palabras de Jesús: “Vengan a mí los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré.” (Mt 11,28)

Aunque no podemos pretender haber llegado a una plena libertad para empezar a evangelizar, sí podemos pedirle al Señor y a la Virgen que hagan a un lado los obstáculos, de manera que nuestro servicio pueda ser lo más fecundo posible y no se vea debilitado por nuestros problemas no resueltos.

DIFICULTADES EN LA EVANGELIZACIÓN

Antes de entrar en el tema, conviene hacer una aclaración. En esta charla no nos limitaremos únicamente a las dificultades del anuncio en nuestro tiempo; sino que es necesario fijarnos en las dificultades que desde siempre han existido en la evangelización. Aunque ciertamente nos referiremos también a algunas cuestiones específicas del tiempo moderno.

El mensaje del evangelio puede ser rechazado

Si queremos poner nuestra vida al servicio de la evangelización, necesitamos un realismo espiritual y mucha paciencia. La Sagrada Escritura nos advierte con mucha claridad, y estas palabras son tan actuales hoy como lo eran en tiempos de Jesús: “La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron. La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.” (Jn 1,5.9-11)

Reflexionemos un poco estas palabras, pues en ellas se refleja la realidad tal como es. ¡No todos los hombres aceptan el evangelio! Aunque éste sea el mensaje de salvación para todos los hombres, no siempre es bienvenido. Por el contrario, puede chocarse con indiferencia e incluso con un fuerte rechazo. ¿Por qué sucede esto?

Más adelante, el evangelio de Juan nos ofrece una explicación relevante: “El juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.” (Jn 3,19)

Es necesario comprender adecuadamente estas palabras, para no caer en una actitud fatalista y para no juzgar a todo aquel que no acepte el evangelio. Existe una fuerza maligna que quiere evitar que el evangelio llegue a las personas. Aquellos que se alían con esta fuerza, sea que lo hagan de forma consciente o inconsciente, están cerrándose al evangelio. Ciertamente existen también otras razones más por las cuales los hombres rechazan el evangelio.

Quería mencionar esta realidad solamente para que estemos conscientes de lo siguiente: a pesar de todos nuestros esfuerzos y sacrificios, habrá personas que no den ni la mínima señal de quererse convertir. Esto no debe llevarnos a una tensión interior o a tener sentimientos de culpabilidad por no haber hecho lo suficiente. Sin duda, hemos de estar atentos a escuchar lo que Dios nos pide que hagamos por tal o cual persona.

Debemos saber que la conversión de un hombre es un enorme milagro que solamente Dios puede obrar. Nosotros podemos colaborar, pero no podemos provocar una conversión por nosotros mismos. A fin de cuentas se trata de algo entre Dios y la persona en particular, que está llamada a responder con su libertad al amor divino.

Tendremos que sufrir tremendas decepciones si, en medio de nuestro entusiasmo por haber conocido a Dios, creemos que cada persona también lo aceptará. Esto sería una ilusión alejada de la realidad. Aunque pueda haber algunos que se dejen contagiar por nuestro fervor, habrá otros que se mantengan indiferentes o distantes frente al evangelio.

Podemos descubrir esta realidad en la historia del pueblo de Israel. Ciertamente el mensaje evangelio estaba previsto para el pueblo entero; sin embargo, fueron relativamente pocos los que lo aceptaron. ¡El Señor derramó lágrimas sobre Jerusalén, porque la hora de la gracia no fue acogida (cf. Lc 19,41-44)!

Dios sigue buscando al hombre

Esta es la una parte; por otra parte, está el infinito amor de Dios, que persigue al hombre con eterna paciencia y busca salvarlo.

Podemos encontrar un conmovedor testimonio de ello en un pasaje del mensaje de Dios Padre a la Madre Eugenia Ravasio:

“He aquí un alma que está muriendo de repente: esta alma ha sido siempre para mí como el hijo pródigo. Yo la colmaba de bienes; ella andaba despilfarrando todos estos bienes, todos los dones gratuitos de su Padre tan amable, y además me ofendía gravemente. Yo la esperaba, la seguía por todas partes, le hacía nuevos favores, como la salud y los bienes que hacía producir de sus trabajos, tanto así que tenía hasta lo que era superfluo. A veces mi providencia le daba todavía otros bienes nuevos. Por lo tanto, se encontraba en la abundancia pero no veía otra cosa que el triste resplandor de sus vicios, y toda su vida fue un conjunto de errores, por el pecado mortal habitual. Pero mi amor no se cansó nunca. Persistía a seguirla, la amaba y, sobre todo, a pesar de los rechazos que me oponía, estaba contento de vivir pacientemente cerca de ella, con la esperanza de que, quizás, un día habría escuchado mi amor y habría regresado a mí, su Padre y Salvador.

En fin, se acerca su último día: le mando una enfermedad para que pueda estar recogido y pueda regresar a mí, su Padre. Pero el tiempo pasa y allí está mi pobre hijo de 74 años en su última hora. Y yo, como siempre, estoy allí todavía: y como nunca antes le hablo con mayor bondad. Insisto, llamo a mis elegidos para que recen por él para que pida el perdón que yo le ofrezco... A este punto, antes de expirar, abre los ojos, reconoce sus errores y lo mucho que se ha alejado del verdadero camino que conduce a mí.

Vuelve en sí y después, con voz débil que nadie a su alrededor logra escuchar, me dice: 'Dios mío, ahora veo cómo vuestro amor por mí ha sido grande, y yo os he ofendido continuamente con una vida muy mala. Nunca he pensado en ti, mi Padre y salvador'.”

Dios, en su infinito amor, estuvo gozoso cuando este “hijo pródigo” volvió a casa, y este hombre se salvó por haberlo llamado con el nombre de ‘Padre’ y por haberse arrepentido.

Vemos, pues, la tensión que existe en la evangelización. Por una parte, está el incansable amor de nuestro Padre, que está detrás de nosotros hasta la hora de nuestra muerte para salvarnos. Por otra parte, en cambio, está la posibilidad de la creatura de cerrarse a este amor.

Pero nosotros no hemos de enfocarnos más que en uno de estos lados: hemos de buscar junto a Dios a las almas. No es necesario que especulemos acerca de las razones por las cuales alguien rechaza el evangelio, si Dios no nos las muestra claramente. Será prácticamente imposible que las conozcamos en cada caso concreto. Pero sí conviene tener presente que existe la triste posibilidad de la cerrazón y del rechazo frente al evangelio, para que en nuestra labor apostólica no nos dejemos llevar por sentimientos de optimismo ni de pesimismo. Más bien, pongamos nuestra confianza en Dios, que no quiere que los hombres se pierdan y a quien tenemos la dicha de acompañar en su búsqueda de almas. ¡Ésta ha de ser nuestra alegría y nuestro honor!

Ninguna oración es en vano

Vemos que para la evangelización hace falta, además del celo apostólico, una enorme paciencia. Esto no nos resulta tan fácil, particularmente cuando vemos cómo las personas están echando a perder su valioso tiempo en una vida sin sentido; cómo se están hundiendo en el pecado y en errores; cómo se sumen cada vez más en la oscuridad. Esta realidad es tanto más difícil de soportar cuando se trata de personas cercanas o incluso familiares. ¡Podría dar la impresión de que nuestras oraciones no están sirviendo de nada!

¡Pero esta impresión es equivocada! Pensemos en Santa Mónica, la mamá de San Agustín. Ella rezaba incansablemente por su hijo, y un día fue a buscar a San Ambrosio para pedirle consejo. Él le dio esta respuesta: “Un hijo de tantas lágrimas no puede perderse.” Y, efectivamente, ella pudo ver la conversión de su hijo, el cual, como sabemos, terminó siendo una gran lumbrera para la Iglesia.

Un sacerdote, el P. Reginald, me contó de un padre de familia muy creyente, cuyos hijos estaban todos viviendo apartados de la fe. Evidentemente el gran deseo de este hombre era que se convirtiesen, y sin duda rezaba por esta intención. Él no tuvo la gracia de ver el cumplimiento de su petición en vida; pero una vez fallecido, todos sus hijos se convirtieron.

En la labor apostólica es conocida la historia de un misionero que trabajó incansablemente en la evangelización de una tribu. Sin embargo, durante su vida no vio ninguna conversión. Pero en cuanto murió, toda aquella isla se convirtió.

Ninguna oración es en vano; ningún sacrificio se pierde, por pequeño que sea. Recordemos lo que mencionábamos al hablar del apostolado interior, que todo lo que hagamos en unión con el Señor sirve para la evangelización. El momento en que sucede una conversión y el cambio de vida de una persona está en las manos de Dios y en las de la persona por la cual rezamos. Si parece tardar mucho y sufrimos bajo esa espera, podemos ofrecerle al Señor también ese sufrimiento. ¡Cuánto tiempo lleva Dios esperando a Israel, su pueblo elegido!

Peligros y posibilidades de la técnica moderna

En el tiempo actual, en algún sentido parece haberse hecho más difícil alcanzar a las personas. En la era de los medios, las personas están sobrecargadas de información; reciben todo tipo de ofertas en cada momento; se están debilitando las estructuras de familias creyentes; la identidad de los pueblos se está desvaneciendo; a veces ni siquiera las comunidades eclesiales tienen la capacidad de dar una verdadera orientación a las personas...

A causa de las posibilidades que ofrece el internet, ha surgido un mundo virtual. Por el uso excesivo de los “smartphone” se están destruyendo las estructuras normales de comunicación, mientras que éstas son reemplazadas por otras formas irreales. Con frecuencia podemos ver grupos de personas que, en lugar de estar comunicándose entre ellos, está cada uno entretenido en su propio celular. Así, parece haber disminuido la disponibilidad de acoger el evangelio; mientras que la influencia de los medios, que suelen propagar una mentalidad anticristiana y anticlerical, crece cada vez más.

Por otra parte, los medios modernos ofrecen también nuevas posibilidades de evangelización, y la Iglesia recomienda aprovecharlos para el anuncio del evangelio. Aquí hay que añadir que se debe tener mucho cuidado en darles el uso adecuado; no sea que nos dejemos llevar por su fascinación y midamos todo solo cuantitativamente. No se puede evaluar la fecundidad e importancia de un apostolado según la cantidad de seguidores que se tenga en Facebook; sino que habrá que ver cuán profundo tocó el mensaje a las personas. Hay que luchar conscientemente contra la superficialidad que suele reinar en los medios de comunicación modernos, y oponerse a ella con serias informaciones acerca de la fe. En este sentido, convendrá que en el apostolado no perdamos la visión sobrenatural, ni siquiera cuando hagamos uso de los medios naturales. Así nos mantendremos en un ambiente espiritual y con un enfoque sobrenatural.

El peligro del relativismo

Otra gran dificultad para el anuncio en el tiempo moderno es la expansión del relativismo. El Papa Benedicto XVI denunciaba una “dictadura del relativismo”. Hoy se pretende negar las verdades absolutas, para dar paso a un discernimiento meramente subjetivo. Entonces, las verdades ya no serían realidades objetivas que hemos de acoger y según las cuales nos hemos de regir; sino que nuestra opinión personal sería el criterio para saber lo que es bueno y lo que es malo. El relativismo contiene un peligroso veneno. Evita que el hombre acepte la verdad tal como es, dejándose formar e instruir por ella. Evita que el hombre se posicione frente a la verdad y que acoja el reto que ella le plantea.

Esto incluye también la cuestión acerca de la verdadera religión, que ya hemos mencionado en la charla introductoria. Si la fe en Cristo es solamente una entre muchas opciones para llegar a Dios, entonces el cristianismo pierde su relevancia, su unicidad, su particularidad. Si Jesús dice que Él es la verdad, y que nadie puede llegar al Padre sino a través del Hijo (cf. Jn 14,6), el espíritu relativista diría que estas palabras aplican para el que quiera verlo así en su vida personal, pero que no se podría decir lo mismo a un hindú, por ejemplo. De esta forma, se roba la fuerza a estas afirmaciones de Cristo. ¡Un buscador de la verdad debería confrontarse a ellas! Vemos, pues, que el relativismo ya no se plantea la cuestión de la verdad. ¡Se trata de un enorme obstáculo para la evangelización!

Sin entrar en mayores detalles, sea dicho de paso que el espíritu del relativismo se ha infiltrado también en ciertos círculos de la misma Iglesia. En algunas partes parecen ponerse en duda las básicas convicciones morales, particularmente las que respectan al sexto mandamiento. Frecuentemente se anuncia una misericordia que no requiere de la conversión personal y que no tiene en vista la salvación eterna del hombre. En este caso, se trata de más de una compasión humana que de la misericordia divina.

Ahora bien, si el relativismo se expande en la Iglesia (y ciertas señales parecen indicar que ya está sucediendo), la evangelización se dificultará aún más, pues a los misioneros auténticos les faltaría el respaldo de la Iglesia para enfrentarse valiente y prudentemente al espíritu de los tiempos.

Conclusión

Pero podemos ver todas estas circunstancias como un reto que se nos está planteando. Cuanto más nos enfrentemos al rechazo y a la indiferencia, tanto más deberíamos profundizar nuestra fe. Cuanto más tambaleen las convicciones de fe, incluso dentro de la Iglesia, y cuanto más se relativicen las convicciones morales que de ellas proceden, tanto más deberíamos anclarnos en la enseñanza bíblica y en el magisterio de la Iglesia. La fuerza de Dios está en su Palabra y en la correcta interpretación de la misma, y

hemos de separarla cuidadosamente de confusas opiniones teológicas que no representan la doctrina sino las ideas de un teólogo en particular. Cuanto más notemos la banalización y desacralización de los lugares santos, tanto más deberíamos permanecer en profundo silencio, respeto y amor frente al Santísimo Sacramento, ofreciéndole al Señor estos momentos como actos de reparación.

Recordemos: es el Espíritu Santo quien convence interiormente a las personas de la verdad del evangelio. Nosotros no conocemos la hora en que tocará el corazón del hombre. Pero podemos hacer todo lo que está en nuestras manos para arrancar las gracias del cielo. Y si nos encontramos frente a corazones obstinadamente cerrados, pidamos a la Madre de Dios que ella los toque, pues ella conoce caminos para llegar a los corazones que nosotros ignoramos. Por eso quisiera insertar al final una oración a la Virgen en su advocación de Desatadora de Nudos, para que le pidamos a ella que desate todos los nudos que impiden la fecundidad del apostolado.

“Amada Virgen María, llenos de confianza nos dirigimos a Ti, que desde la eternidad moras en el corazón de Nuestro Padre Celestial. Tú conoces cuántas veces tus hijos caemos en enredos, tanto en la historia de los pueblos como en nuestra propia vida. ¡Cuántas veces nos parece no tener salida! Por eso venimos a Ti: Tú puedes desatar los nudos, pues conoces caminos para llegar a los corazones que nosotros ignoramos. Así te traemos con fe nuestras intenciones, estando seguros de ser escuchados, pues Tú eres nuestra Madre.”